ΣΟΦΊΑ

Revista Teosófica

Satyat nâsti pâro dharmah.

NO HAY RELIGIÓN MÁS ELEVADA QUE LA VERDAD

La Sociedad Teosófica no es responsable de las opiniones emitidas en los artículos de esta Revista, siéndolo de cada artículo el firmante, y de los no firmados la Dirección.

EL CRISTIANISMO ESOTÉRICO
Ó LOS MISTERIOS MENORES

POR ANNIE BESANT

(Continuación).

Sobre la fijación del 25 de Diciembre como la fecha del nacimiento de Jesús, dice Williamson lo que sigue: «Todos los cristianos saben que el 25 de Diciembre es *ahora* el día designado para la festividad del nacimiento de Jesús, pero pocos están enterados de que no siempre ha sido así. Dícese que ha habido ciento treinta y seis fechas distintas asignadas á tal hecho por las diversas sectas cristianas. Lighfoot da la del 15 de Septiembre, otros la de Febrero ó Agosto. Epifanio menciona dos sectas, una que lo celebraba en Junio y otra en Julio. La cuestión fué resuelta al fin por el papa Julio I el año 337; y San Crisóstomo escribía en 390: 'Este día (esto es el 25 de Diciembre) también se fijó en Roma para el nacimiento de Cristo, con el propósito de que mientras los paganos estuviesen ocupados en sus ceremonias (las Brumalias en honor de Baco) pudiesen los cristianos celebrar tranquilamente sus ritos'. Gibbon, en su obra *Decline and Fall of the Roman Empire,* escribe: 'Los (cristianos) romanos, tan ignorantes como sus hermanos de la verdadera fecha del nacimiento de Cristo, fijaron la solemne festividad el 25 de Diciembre, día de las Brumalias ó del solsticio de invierno, en el cual celebraban anualmente los paganos el nacimiento del Sol'. King, en sus *Gnostics and their Remains,* dice también: 'La antigua fiesta del 25 de Di-

ciembre en honor del natalicio del Uno Invencible (1), celebrada con grandes juegos en el Circo, fué adelante transferida á la conmemoración del nacimiento de Cristo, cuya fecha precisa confiesan muchos Padres de la Iglesia que era entonces desconocida'. Y al presente el canónigo Farrar dice que: 'es inútil todo intento para descubrir el mes y día de la natividad; no existen datos con que poderlos determinar ni aun siquiera de un modo aproximado'. De todo lo cual resulta que la gran festividad del solsticio de invierno se venía celebrando desde tiempos antiguos y en países apartados para honrar la memoria del nacimiento de un Dios, á quien casi invariablemente se designa como un 'Salvador' y á cuya madre se llama una virgen pura. Las notables semejanzas que se han señalado, no sólo por lo que respecta al nacimiento, sino también por lo que se refiere á la vida de estos Dioses Salvadores, son demasiado numerosas para que se las considere como una mera coincidencia» (2).

También vemos un mito relacionado con la personalidad histórica del Señor Buddha. Bien conocida es la narración corriente en la India sobre su vida, donde la historia del nacimiento se presenta en forma sencilla y humana. Pero en las relaciones chinas nace de una virgen, Mâyâdevî, con lo que el mito arcáico hace de El un nuevo Héroe.

Asimismo dice Williamson que los pueblos celtas encendían y aun encienden hogueras en las colinas el 25 de Diciembre, que entre los montañeses de Irlanda y Escocia llevan todavía el nombre de Bheil ó Baaltine: esto es, la denominación de su antigua Deidad, Bel, Bal ó Baal, el Dios Sol, aunque ahora las enciendan en honor de Cristo (3).

Bien pensado, las fiestas de Navidad deberán ofrecer á los amantes de Cristo nuevos motivos de santificación y de regocijo, al considerarlas como continuación de una antigua solemnidad celebrada en todo el mundo desde los tiempos más remotos. Ciertamente las campanas anunciadoras de tal festividad suenan á través de toda la historia humana, pues su armonioso repique sale del fondo de las tinieblas de las edades más primitivas. El sello de la verdad se encuentra en la aceptación universal, no en la posesión del exclusivismo.

Ya hemos dicho que la fecha de la muerte no es fija como la del nacimiento. La primera se calcula de conformidad con las posiciones relativas del Sol y de la Luna en el equinoccio de primavera, variando, por tanto, en cada año; y en tal relación vemos celebrarse la fecha de la muerte de todos los Héroes Solares. El animal elegido por símbolo del Héroe es el signo del Zodiaco, en que está el Sol en el equinoccio primaveral del año corres-

(1) La festividad «Natalis Solis Invicti», natalicio del Sol Invencible.

(2) Williamson, *The Great Law*, págs. 40-42. Los que deseen estudiar este asunto de las Religiones Comparadas, no pueden hacer nada mejor que leer *The Great Law*, cuyo autor es profundamente religioso y cristiano.

(3) *Ibid*, págs. 36-37.

pondiente, el cual varía con la precesión de los equinoccios. Oannes de Asiria tenía el signo de Piscis, el Pez, y en esta forma se le representaba. Mithras tenía el de Tauro, por lo cual figura montado en un toro; y á Osiris se rendía culto como Osiris-Apis, ó Serapis, el Toro Merodach de Babilonia, era adorado como un toro, y así lo fué también Astarte de Siria. Cuando el Sol está en el signo de Aries, el carnero ó cordero, vemos otra vez á Osiris como carnero, é igualmente á Astarte y á Júpiter Ammon. Este mismo animal vino á ser el símbolo de Jesús—el Cordero de Dios. El empleo del Cordero como símbolo suyo, con frecuencia puesto en la cruz, es muy común en las esculturas de las catacumbas. Sobre esto dice Williamson: «Andando el tiempo fué el Cordero representado en la cruz, hasta que el sexto concilio de Constantinopla, celebrado hacia el año 680, ordenó que en lugar del antiguo símbolo se pusiese la figura de un *hombre* sobre la cruz. Confirmó este canon el papa Adriano I» (1). Fué también aplicado á Jesús el muy antiguo símbolo de Piscis, y así se le encuentra pintado en las catacumbas.

La muerte y resurrección del Héroe Solar en el equinoccio de primavera ó cerca de él, se encuentran tan ampliamente difundidas, como su nacimiento en el solsticio de invierno. En tal época moría Osiris á manos de Tifón, y se le figuraba en el círculo del horizonte, con los brazos extendidos, como si estuviese crucificado—postura que originalmente significaba que bendecía, no que padecía sufrimientos. Llorábase anualmente la muerte de Tammuz en Babilonia y en Siria por el equinoccio de primavera, así como también la de Adonis en Siria y Grecia y la de Attis en Frigia, donde se hacía su efigie «como un hombre clavado con un cordero á sus pies» (2). Igualmente se solemnizaba en Persia la muerte de Mithras, y en Grecia la de Baco y Dionisio, que son uno mismo. En México reaparece la misma idea, como de ordinario, acompañada de la cruz.

En todos estos casos al duelo de la muerte sucedían inmediatamente los regocijos de la resurrección, y á este propósito es interesante observar que el nombre Easter (que es el nombre inglés de la pascua de resurrección y que se pronuncia Ister) se remonta á la virgen madre del muerto Tammuz Ishtar (3).

Es también interesante el hecho de que el ayuno que precede á la muerte en el equinoccio primaveral—la Cuaresma moderna—se encuentra en México, Egipto, Persia, Babilonia, Asiria, Asia Menor, y en algunos casos definidamente por cuarenta días (4).

En los Pseudo-Misterios se ponía en drama la historia del Dios Sol, y en los antiguos Misterios el Iniciado con ella constituía su vida; de aquí que los «mitos» solares y los grandes hechos de la Iniciación viniesen á quedar

---

(1) *The Great Law*, pág. 116.

(2) *Ibid*, pág. 58.

(3) *Ibid*, pág. 56.

(4) *Ibid*, págs. 120-123.

estrechamente enlazados. Por esto cuando el Cristo Maestro llegó á ser el Cristo de los Misterios, las leyendas de los Héroes más antiguos de estos Misterios se agruparon en torno suyo, y de nuevo se aplicaron al último Instructor divino las historias que, como representante del Logos en el Sol, le correspondían. Entonces el festival de su natalicio se fundió en la fecha inmemorial cuando el Sol nació de la Virgen, cuando la media noche; las tinieblas del espacio, se llenaron de regocijadas huestes de seres celestiales, y

Muy temprano, muy temprano nació Cristo.

Cuando se le aplicó la gran leyenda del Sol, fué adoptado el signo del Cordero para Su crucifixión, así como el de la Virgen se había adoptado para su nacimiento. Hemos visto que el Toro fué consagrado á Mithras y el Pescado á Oannes; por idéntica razón fué el Cordero consagrado á Cristo: era el signo del equinoccio de primavera en el período de la historia en que cruzó el gran círculo del horizonte, en que fué «crucificado en el espacio».

Estos mitos solares, siempre repetidos á través de los siglos, con un Héroe de diferente nombre en cada nueva aparición, no pueden quedar inadvertidos para el hombre estudioso, aunque los ignore, como es natural, el simple devoto; y cuando se les emplea como arma para mutilar ó destruir la majestuosa figura de Cristo, hay que hacerles frente, no para negar los hechos, sino para comprender el significado más profundo de las narraciones: las verdades espirituales que las leyendas expresan bajo su velo.

¿Por qué se han mezclado estas leyendas con la historia de Jesús, condensándose en torno suyo como personaje histórico? Son éstas, en realidad, narraciones que no incumben de modo particular á un individuo llamado Jesús, sino que pertenecen al Cristo universal, á un Hombre que simbolizaba á un Ser Divino y que representaba una verdad fundamental de la Naturaleza; á un Hombre que cumplió cierto cometido y tuvo una posición característica respecto de la humanidad, guardando con ella especial parentesco, renovado una edad tras otra, conforme las generaciones sucedían á las generaciones y las razas daban lugar á otras razas. De aquí que Cristo, como todos los otros, fuese el «Hijo del Hombre», título peculiar y distintivo, el título de un cargo, no de un individuo. El Cristo del Mito Solar fué el Cristo de los Misterios; y así encontramos el secreto del Cristo mítico en el Cristo místico.

CAPITULO VI

El Cristo Místico

Ya nos acercamos á ese aspecto más profundo de la historia del Cristo que le da su más positiva influencia sobre los humanos corazones. Ya nos

acercamos á esa vida eterna que brota de manantial invisible, y cuya espléndida corriente de tal modo envuelve á su representante, que deslumbra á los mortales y los agolpa en torno suyo, antes dispuestos á repeler aún los mismos hechos históricos, que á rechazar una verdad que como esencial de la vida superior intuitivamente reconocen. Nos acercamos al sagrado recinto de los Misterios, donde levantaremos una punta del velo que oculta el santuario.

Hemos visto que retrocediendo á la antigüedad cuan lejos es posible, siempre encontramos reconocida en todas partes la existencia de una enseñanza oculta, de una doctrina secreta transmitida por los Maestros de Sabiduría en condiciones rigurosas y ceñidas á candidatos aprobados. Eran estos candidatos iniciados en «Los Misterios», nombre que en la antigüedad comprendía, según hemos visto, lo más espiritual de la religión, lo más profundo de la filosofía, lo más valioso de la ciencia. Por estos Misterios pasaron todos los grandes Instructores de los tiempos antiguos, entre los cuales eran los más grandes los Hierofantes. Los que se dieron á la luz del mundo para hablar del Universo invisible, atravesaron antes el portal de la Iniciación y aprendieron allí el secreto de los Santos Seres de sus propios labios; todos ellos vinieron acompañados de la misma historia, de la cual son versiones los mitos solares, idénticos en sus rasgos esenciales, y distintos sólo en el color local.

Esta historia es en su origen la del descenso del Logos á la materia; y el Dios Sol es su símbolo propio, puesto que el Sol es su Cuerpo, por lo que con frecuencia se le señala como «Aquel que mora en el Sol». Bajo cierto aspecto, el Cristo de los Misterios es el Logos que desciende á la materia, siendo el gran Mito del Sol la enseñanza popular de esta verdad sublime. Como en los casos anteriores, el Divino Maestro que trajo la Antigua Sabiduría y la publicó de nuevo en el mundo, fué considerado como una manifestación especial del Logos, y así fueron sucesivamente aplicadas al Jesús de las Iglesias las narraciones pertenecientes á este gran Ser; de este modo vino á quedar identificado en el lenguaje cristiano, con la Segunda Persona de la Santísima Trinidad, el Logos ó la Palabra de Dios (1), y los acontecimientos salientes referidos en el mito del Dios Sol, vinieron á ser los acontecimientos salientes de la historia de Jesús, considerado como la Divinidad encarnada, el «Cristo mítico». Y así como en el macrocosmo, ó sea el Kosmos, el Cristo de los Misterios representa al Logos, ó Segunda Persona de la Trinidad, así también en el microcosmo, ó sea el individuo humano, representa el segundo aspecto del Espíritu Divino en el hombre; por donde en

(1) Véase sobre este punto el principio del Evangelio de San Juan, I, 1-5. El nombre de Logos, adscrito al Dios manifestado, dando forma á la materia—«todas las cosas fueron hechas por Él»—es platónico, y por tanto, se deriva directamente de los Misterios; siglos antes de Platón se usaba entre los hindus la palabra Vâk, Voz, derivada del mismo origen.

éste se le llame «el Cristo» (1). El segundo aspecto del Cristo de los Misterios es, pues, la vida del Iniciado, la vida en que se entra á la gran Iniciación primera; durante ella, el Cristo nace en el hombre, y más tarde se desarrolla en él. Para comprender esto mejor, se hace preciso examinar las condiciones que al candidato á la Iniciación se imponen, y estudiar además la naturaleza del Espíritu del hombre.

Sólo aquéllos podían considerarse candidatos á la Iniciación que fuesen ya buenos, según entienden la bondad los hombres, conforme á la medida estricta de la ley. *Puros, santos, sin mancha, libres de pecado, su vida sin transgresión*, eran frases empleadas para señalarlos (2). Debían también ser inteligentes, bien desarrollado su entendimiento y bien educado (3). La evolución realizada en el mundo, una vida tras otra, por el desarrollo y amaestramiento de los poderes mentales, de las emociones y del sentido moral, por las enseñanzas adquiridas de las religiones exotéricas, por el cumplimiento de los deberes y por el esfuerzo hecho para ayudar y elevar á los demás, cosa es perteneciente á la ordinaria vida del hombre que está en curso de desenvolverse. Cuando todo esto se ha logrado, el hombre se ha hecho «un hombre bueno»—el *Chrêstos* de los griegos—y todo esto ha de alcanzar, antes que pueda ser el *Christos*, el *Ungido*. Después que ha llegado al colmo de la vida buena exotérica, está á punto de ser candidato á la esotérica, y entonces comienza á prepararse para la Iniciación, mediante el cumplimiento de determinadas condiciones.

Estas condiciones señalan los términos de los atributos que debe adquirir, y en tanto trabaja para darles vida, va andando por el Sendero Probatorio, que así suele llamarse el Sendero que conduce á la «Puerta Estrecha», más allá de la cual está el «Camino Angosto» ó «Sendero de Santidad»: el «Camino de la Cruz». No es indispensable que lleve á la perfección el desarrollo de estos atributos, pero sí que haya hecho ciertos progresos en todos ellos, para que el Cristo pueda nacer en él. Tiene que preparar una morada pura para el Divino Niño que en él ha de desarrollarse.

De estos atributos, mentales y morales todos, es el primero el *Discernimiento;* significa esto que el aspirante debe poner por obra el apartar en su mente lo Eterno de lo Temporal, lo Real de lo Ilusorio, lo Verdadero de lo Falso, lo Celestial de lo Terreno. «Las cosas que se ven son temporales»—dice el Apóstol—«mas las cosas que no se ven son eternas» (4). Viven los hombres constantemente sometidos al espejismo de lo que se ve, el cual los ciega para lo que no se ve. El aspirante debe aprender á distinguirlos, de modo que lo que para el mundo no es real, sea real para él, y lo que es real para el mundo, le aparezca ilusorio; pues sólo así es posible «andar por fe,

(1) Véase *Antes*, pág. 286, Sophía de 1.º de Agosto de 1902.

(2) Véase *Antes*, págs. 242-243, Sophía de 1.º de Julio de 1902.

(3) Véase *Antes*, pág. 210, Sophía de 1.º de Junio de 1902.

(4) II Cor., IV, 18.

no por vista» (1). Y así también debe el hombre llegar á ser uno de aquellos á quienes señalaba el Apóstol como de edad cumplida, aquellos «que por la costumbre tienen ya los sentidos ejercitados en el discernimiento del bien y del mal» (2). Seguidamente este sentido de la falta de realidad ha de producir en él *Disgusto* por lo ilusorio y pasajero, meras cortezas de la vida, impropias para satisfacer el hambre, á no ser el hambre de los cerdos (3). Esta etapa del desarrollo se halla enérgicamente presentada por Jesús con su lenguaje enfático, encaminado á impresionar vivamente el ánimo de su auditorio, en estas palabras: «Si alguno viene á mí, y no aborrece á su padre y madre, y mujer é hijos, y hermanos y hermanas, y aun también su vida, no puede ser mi discípulo» (4). Dura es, en verdad, esta sentencia; y sin embargo, de semejante aborrecimiento, traído al discurso como antítesis de los afectos egoístas y exclusivos, tales como los entiende el mundo, ignorante de la Unidad Suprema que todo lo funde en un afecto único y sumo, habrá de surgir un día un amor más profundo y verdadero; etapa es esta ineludible en el camino hacia la «Puerta Estrecha». Luego el aspirante debe adquirir el *Dominio de sus pensamientos*, lo que le llevará al *Dominio de sus acciones*, pues para el ojo interno es el pensamiento lo mismo que la acción: «Cualquiera que mira la mujer para codiciarla, ya *adulteró* con ella en su corazón» (5). También ha de lograr el *Sufrimiento*, pues los que aspiran á andar «el Camino de la Cruz», tienen que afrontar penalidades amargas y duraderas, y deben apercibirse para sostenerse en ellas «como viendo al invisible» (6). A esto añadirá la *Tolerancia*, si quiere ser hijo del Padre «que hace que su sol salga sobre malos y buenos, y llueve sobre justos é injustos» (7), y si quiere ser discípulo de Aquél que mandó á Sus apóstoles que no prohibiesen hacer uso de Su nombre á uno que no Le seguía junto con ellos (8). Además, debe adquirir la *Fe*, para la cual nada hay imposible (9), y el *Equilibrio* descrito por el Apóstol (10). Finalmente, debe sólo buscar «las cosas de arriba» (11) y aspirar con ansia á la bienaventuranza de la visión de Dios y de su unión con Él (12). El hombre que ha labrado estas cualidades en su carácter, es tenido por apto para la Iniciación, y entonces los Guar-

---

(1) II. Cor., V, 7.
(2) Heb., V, 14.
(3) San Lucas, XV, 16.
(4) *Ibid*, XIV, 26.
(5) San Mateo, V, 28.
(6) Heb., XI, 27.
(7) San Mateo, V, 45.
(8) San Lucas, IX, 49-50.
(9) San Mateo, XVII, 20.
(10) II. Cor., VI, 8-10.
(11) Col., III, I.
(12) San Mateo, V, 8 y San Juan, XVII, 21.

dianes de los Misterios le abren la Puerta Estrecha. Así, y sólo así, logrará ser el candidato dispuesto.

Ahora bien; el Espíritu que en el hombre mora, es don de la Suprema Deidad, que en sí contiene los tres aspectos de la Vida Divina (Inteligencia, Amor, Voluntad), por ser imagen de Dios. A medida que evoluciona, desarrolla en primer lugar el aspecto Inteligencia, esto es, desarrolla el intelecto, lo cual se verifica en la vida ordinaria del mundo. Realizado esto en alto grado, y unido al desarrollo moral, se eleva el hombre á la condición de candidato. El segundo aspecto del Espíritu es Amor, y su evolución es la evolución del Cristo. Este desarrollo se obtiene en los Misterios verdaderos; la vida del discípulo constituye el Drama del Misterio, y las Grandes Iniciaciones señalan sus diversos actos. Para mostrar los Misterios en el plano físico, se acostumbraba representarlos de un modo dramático, ajustándose las ceremonias, bajo muchos respectos, «al modelo» siempre seguido «en la Montaña», como sombras de las grandiosas Realidades del mundo espiritual: única cosa perceptible en tiempos degenerados.

(Se continuará.)



LA EVOLUCIÓN DE LA CONCIENCIA

(Continuación).

La Conciencia

Consideremos ahora lo que entendemos por Conciencia, y veamos si esta consideración nos proporciona el muy deseado «puente», que constituye la desesperación del pensamiento moderno entre la Conciencia y la Materia, el cual nos permita salvar el «abismo» que se supone existir por siempre entre ellas.

Principiaremos por una definición de términos. La Conciencia y la Vida son idénticas: dos nombres para una sola cosa, ya se la considere interna, ya externamente. No hay Vida sin Conciencia; no hay Conciencia sin Vida. Cuando de un modo vago las separamos en nuestro pensamiento, vemos que hemos llamado Conciencia á lo que la llamada Vida reconcentra dentro, y Vida á lo que la llamada Conciencia exhibe fuera. Cuando nues-

tra atención se fija en la unidad, decimos Vida; cuando se fija en lo múltiple, decimos Conciencia; y olvidamos que lo múltiple es debido á la Materia, que es la esencia de la Materia, la superficie reflectora en la cual el Uno se convierte en los Muchos. Cuando se dice que la Vida es «más ó menos consciente», no se piensa en la abstracción «Vida», sino en una «cosa viva» con más ó menos percepción de lo que la rodea. Esta mayor ó menor percepción depende del espesor, de la densidad del velo que la envuelve y que hace de ella una cosa viva separada de sus semejantes. Anúlese ese velo con el pensamiento, y quedará también anulada la Vida, fundiéndose ambos en AQUÉLLO dentro de lo cual se resuelven todos los opuestos: el TODO.

Esto nos conduce al punto siguiente: la existencia de la Conciencia implica una separación de la UNIDAD fundamental, raíz de todas las cosas, en dos aspectos. El nombre moderno de la Conciencia, «Percepción», implica igualmente esto mismo, pues no se puede colgar la Percepción en el vacío. La percepción supone algo que se percibe, una dualidad por lo menos; de otro modo no tiene existencia. En la abstracción más elevada de la Conciencia, del Conocimiento, esta dualidad está implícita; la Conciencia cesa si se segrega el sentimiento de limitación; su existencia depende de la limitación. La Percepción es esencialmente percepción de la *limitación* y luego percepción de *otros*. La percepción de otros nace juntamente con lo que llamamos Conciencia propia, Percepción propia. Estos Dos-en-Uno, Conciencia-Limitación, Espíritu-Materia, Vida-Forma, son siempre inseparables, aparecen y desaparecen juntos; existen sólo relacionados entre sí; se resuelven en una Unidad forzosamente no manifestada: la síntesis suprema.

«Así como es arriba es abajo». Otra vez nos ayudará lo de «abajo». La electricidad se manifiesta únicamente como positiva y negativa; cuando se neutralizan una á otra, la electricidad desaparece. En todas las cosas existe la electricidad neutral, no manifestada; de todas las cosas puede surgir, pero no positiva solamente, ni tampoco negativa, sino siempre en cantidades equilibradas de ambas especies, siempre la una opuesta á la otra, y siempre con tendencia á volver á entrar juntas en la nada aparente, la cual no es tal nada, sino el origen de ambas.

Pero si esto es así, ¿dónde está el «abismo»? ¿Qué necesidad hay del «puente»? La Conciencia y la Materia se afectan mutua-

mente porque son las dos constituyentes del todo; ambas aparecen á medida que se apartan, ambas desaparecen á medida que se juntan, pero al separarse siempre permanecen relacionadas (1). No existe unidad consciente alguna que no sea esta misma dualidad inseparable, un imán con dos polos siempre relacionados entre sí. Pensamos en un algo separado que llamamos Conciencia y preguntamos cómo obra en otro algo separado que llamamos Materia. No hay estos dos algos separados, sino sólo dos aspectos distintos, pero inseparables, de Aquello que sin ellos dos no se manifestaría, que no puede manifestarse ni en el uno ni en el otro solos, y que se halla igualmente en los dos. No hay anverso sin reverso, arriba sin abajo, externo sin interno, espíritu sin materia. Se influyen mutuamente porque son dos elementos inseparables de una unidad que se manifiesta como dualidad en el espacio y el tiempo. El «abismo» aparece cuando pensamos en un «espíritu» por completo inmaterial y en un cuerpo totalmente material, esto es, en dos cosas de las cuales ninguna existe. No hay espíritu que no esté envuelto por la materia: no hay materia que no esté animada de espíritu. El Yo separado más alto tiene su película de materia, y aun cuando semejante Yo sea llamado «un espíritu» porque el aspecto Conciencia es tan predominante en él, no por eso es menos verdad que tiene una envoltura vibradora de materia, y que de ésta proceden todos los impulsos que afectan sucesivamente á todas las demás envolturas materiales. El decir esto no significa materializar la Conciencia, sino sólo reconocer el hecho de que los dos opuestos primitivos, Conciencia y Materia, están estrictamente ligados, juntos, y jamás aparte ni siquiera en el Ser más elevado. La Materia es limitación, y sin limitación no hay Conciencia. Lejos de materializar la Conciencia, la expone, *como concepto*, en antítesis aguda de la Materia, pero reconoce el hecho de que en *una entidad* no existe la una sin la otra. La materia más densa, la física, tiene su centro de Conciencia; el gas, la piedra, el metal están vivos, conscientes, perciben: así el oxígeno percibe al hidrógeno á cierta temperatura y se precipita á combinarse con él.

---

(1) Esta relación es magnética, pero de un magnetismo de la clase más sutil llamado Fohat ó Daiviprakriti, «La Luz del Logos». De esta substancia son, y en ella existen polarizadas, pero no apartadas, la esencia de la Conciencia y la esencia de la Materia.

Su Desarrollo

Hemos visto que la acción del Tercer Logos ha proporcionado un campo quíntuple para el desarrollo de las Unidades de Conciencia, y que una Unidad de Conciencia es un fragmento, una parte de la Conciencia Universal, separada como una entidad individual por medio de una película de materia, una Unidad de la substancia del Primer Logos, enviada al plano sexto como un Ser separado. Estos son los Hijos que perduran por siempre, desde el principio de una edad creadora, en el Seno del Padre, los cuales no han sido aún «hechos perfectos por medio del sufrimiento» (1); cada uno de ellos es, en verdad, «igual al Padre en lo referente á su divinidad, pero inferior al Padre en lo tocante á su virilidad» (2); y cada uno de ellos tiene que sumirse en la materia á fin de hacer que todas las cosas le sean sometidas (3); tiene que ser «sembrado en la debilidad» á fin de que pueda «levantarse en la fuerza» (4); desde el estado de Logos estático, encerrando todas las potencialidades divinas, tiene que llegar al de Logos dinámico, poseedor de todos los poderes divinos; omniciente, omnipresente en su propio sexto plano, pero inconsciente, «sin sentido» en todos los demás, él tiene que velar su gloria dentro de la materia que le ciega, á fin de llegar á ser omniciente y omnipresente en todos los planos, á ser capaz de responder á todas las vibraciones divinas del universo, y no á las del más elevado únicamente. Los que quieren convertirse en creadores penetran en el universo quíntuple inconscientes de sus actividades, pues hay que tener presente que todos los siete planos se compenetran y que la Conciencia en cualquier plano significa el poder de responder á las vibraciones de ese plano particular. Así como un hombre puede estar consciente en el plano físico porque su cuerpo físico está organizado para recibir y transmitirle sus vibraciones, pero está por completo inconsciente de los planos superiores, por más que las vibraciones de éstos actúen sobre él, porque aún no ha organizado lo basante sus cuerpos superiores para que reciban y le trans-

---

(1) *Hebreos* II, 10.
(2) Credo de Atanasio.
(3) I Corintios XV, 28.
(4) *Ibid*, 43.

mitan sus vibraciones, asi tabién la Mónada, la Unidad de Conciencia, puede estar consciente en el sexto plano, pero totalmente inconsciente en los cinco inferiores.

Ella desenvolverá su conciencia en éstos tomando de cada plano alguna de su materia, velándose con ella, formando una envoltura por medio de la cual pueda ponerse en contacto con aquel plano, organizando gradualmente esta envoltura de materia y convirtiéndola en un cuerpo capaz de funcionar en el plano correspondiente como una expresión de sí misma, recibiendo vibraciones del plano y transmitiéndoselas á ella, recibiendo vibraciones de ella y transmitiéndolas al plano. Al velarse con la materia de cada plano, sucesivamente, sostiene fuera de sí algo de su conciencia, aquella parte de la misma demasiado sutil para recibir ó producir vibraciones en la materia de aquel plano. Tiene dentro de sí siete poderes típicos de vibración—cada uno capaz de producir un número indefinido de vibraciones subalternas de su propio tipo—y estos son mantenidos fuera de sí uno á uno á medida que se revistó de velo tras velo de materia grosera. Las potencias de la Conciencia para expresarse de ciertos modos típicos—empleo la palabra potencia en el sentido matemático, Conciencia elevada «á la tercera» «á la cuarta» potencia, etc.—se ven en la Materia en lo que llamamos dimensiones. La potencia física de la Conciencia tiene su expresión en «la materia de tres dimensiones», al paso que la potencia astral, la mental y otras necesitan para su expresión de otras dimensiones de la Materia.

LA SEGUNDA OLEADA DE VIDA.—LA PRESENTACIÓN DE LAS MÓNADAS Y LA PREPARACIÓN DE LAS FORMAS.

Cuando el quíntuple campo está preparado, cuando los cinco planos, cada uno con sus siete subplanos, se hallan completos en lo que se refiere á su constitución primaria, entonces principia la actividad del Segundo Logos, el Constructor y Conservador de las formas. A su actividad se le denomina la Segunda Oleada de Vida, el flujo de Sabiduría y de Amor: la Sabiduría, la fuerza directora necesaria para la organización y evolución de las formas; el Amor, la fuerza de atracción necesaria para sostenerlas unidas como conjuntos estables aunque complejos. Cuando esta gran corriente de vida del Logos fluye en el quín

tuple campo de manifestación, trae consigo á la actividad á las Mónadas, las Unidades de Conciencia, dispuestas á comenzar su obra de evolución revistiéndose de materia.

H. P. Blavatsky ha descrito su presentación en términos alegóricos gráficos, usando un simbolismo más expresivo que las mismas palabras de significado literal: «El Triángulo primordial, que desaparece tan pronto como se ha reflejado en el 'Hombre Celeste', el más elevado de los siete inferiores, volviendo al 'Silencio y á la Obscuridad'; y el hombre astral paradigmático, cuya Mónada (Âtmâ) está también representada por un triángulo, por cuanto tiene que convertirse en un ternario en los intervalos devachánicos conscientes» (1). El triángulo primordial, ó la Mónada de las tres faces, Voluntad, Sabiduría y Actividad, «se refleja» en el «Hombre Celeste» como la Mónada triple del hombre inferior ó astral, y «vuelve al Silencio y á la Obscuridad». La palabra «reflexión» exige una explicación en este punto. Generalmente hablando, el término reflexión se usa cuando una fuerza que se manifiesta en un plano superior se vuelve á mostrar en uno inferior y se halla condicionada por una clase de materia más grosera en aquella manifestación inferior, de suerte que alguna de la energía efectiva de la fuerza se pierde y se muestra en una forma más débil. Usada ahora aquí en una circunstancia especial, significa que una corriente de la vida de la Mónada se vierte, tomando como recipiente para contenerla un átomo de cada uno de los tres planos superiores del campo quíntuple—el quinto, el cuarto y el tercero—produciendo así al «Hombre Celeste», el «Regente Viviente, Inmortal», el Peregrino que ha de desenvolverse y para cuya evolución fué creado el sistema. El Hombre Celeste es Âtmâ-Buddhi-Manas y es la expresión de la Mónada, cuyo aspecto Voluntad es Âtmâ, cuyo aspecto Sabiduría es Buddhi, cuyo aspecto Actividad es Manas. De aquí que podemos considerar al Âtmâ humano como el aspecto Voluntad de la Mónada, animando un átomo âkâshico; al Buddhi humano como al aspecto Sabiduría de la Mónada animando un átomo de aire (llama divina); al Manas humano como el aspecto actividad de la Mónada animando un átomo ígneo. Así, en Âtmâ-Buddhi-Manas, la Triada espiritual ó el Hombre

(1) *Secret Doctrine* III, 414.

Celeste, tenemos los tres aspectos ó energías de la Mónada, encerrada en materia atómica, y este es el «Espíritu» del hombre. Es de naturaleza idéntica á la Mónada, *es la Mónada*, pero con su fuerza y actividad disminuídas por los velos de materia que la rodean. Esta disminución de poder no debe cegarnos respecto de la identidad de naturaleza. Debemos siempre recordar que la conciencia humana es una unidad, y que aun cuando su manifestación varía, las variaciones son sólo debidas al predominio de uno ú otro de sus aspectos y á la relativa densidad de los materiales en que funciona un aspecto. Sus manifestaciones así condicionadas, varían, pero en sí misma es siempre una.

Aquella parte de la conciencia de la Mónada que puede expresarse en un universo quíntuple, entra primeramente así en la materia superior de este universo, encerrándose en un átomo de cada uno de los planos superiores, y habiéndose manifestado de este modo y apropiado estos átomos para su propio uso, la Mónada ha principiado su obra; en su propia sutil naturaleza no puede todavía descender más abajo del plano Anupâdaka, y por lo tanto, se dice que está en el «Silencio y Obscuridad», no manifestada; pero vive y obra por medio de estos átomos que se ha apropiado, que forman la vestimenta de su vida en los planos próximos al suyo. Podemos figurar su acción como sigue:

Âdi
Anupâdaka
Âtmâ
Buddhi
Manas
Kâma
Sthula

Esta Triada espiritual, como se la llama á menudo, Âtma-Buddhi-Manas, se describe como una semilla, un germen de Vi-

da divina, conteniendo las potencialidades de su propio Padre celeste, su Mónada, que han de convertirse en poderes en el curso de la evolución. Esta es la «virilidad» del Hijo divino del Primer Logos, animado por la «Deidad», la Mónada—un misterio verdaderamente, pero que se repite de muchos modos en torno nuestro.

Y ahora la naturaleza que era libre en la materia sutil de su propio plano, hállase atada por la materia más densa, y sus poderes de conciencia no pueden aún funcionar detrás de este velo que la ciega. Se encuentra allí como mero germen, como embrión, impotente, sin sentido, desamparada, al paso que la Mónada *en su propio plano*, es fuerte, consciente, capaz en lo que se refiere á su vida interna; la una es la Mónada en la Eternidad, la otra es la Mónada en el Tiempo y el Espacio; el contenido de la Mónada eterna ha de convertirse en la extensión de la Mónada del espacio y el tiempo. Esta vida, al presente embrionaria, se desenvolverá en un ser complejo, expresión de la Mónada en cada plano del universo. Todo poderosa internamente en su propio plano sutil, es al principio impotente una vez envuelta en materia más densa, por cuyo medio ni puede recibir ni puede emitir vibraciones. Pero gradualmente dominará la materia que al principio la esclaviza, ayudada y vigilada por el omnipotente auxiliar y conservador Segundo Logos, hasta que pueda vivir en sí tan por completo como vive arriba, convirtiéndose á su vez en un Logos creador y produciendo de sí misma un universo. El poder de crear un universo sólo se adquiere, con arreglo á la Sabiduría, desenvolviendo dentro del Yo todo lo que más adelante hay que expresar. Un Logos no crea de la nada, sino que desenvuelve todo de Sí mismo; y de las experiencias por que ahora pasamos, estamos sacando y reuniendo al presente los materiales con que habremos de construir un sistema en lo porvenir.

Pero esta Triada espiritual, que es la Mónada en el universo quíntuple, no puede comenzar por sí misma desde luego ninguna actividad propia separada. No puede reunir en torno suyo todavía ninguna agregación de materia, sino tan sólo permanecer en su envoltura atómica. Pero la vida del Segundo Logos es como la matriz materna al embrión, y dentro de ella la construcción comienza. Podemos, con toda verdad, considerar esta etapa de la evolución, en la cual el Logos da forma, alimenta y

desarrolla la vida en germen, como un período que corresponde á la vida prenatal del ser humano, durante la cual adquiere gradualmente un cuerpo que es alimentado mientras tanto por las corrientes de vida de la madre y formado de su substancia. Así ocurre con la Triada espiritual que encierra la vida de la Mónada; tiene que esperar la construcción de su cuerpo en los planos inferiores, y no puede salir de esta vida prenatal y «nacer» hasta que tenga un cuerpo construído en dichos planos. El «nacimiento» se verifica ya formado el cuerpo causal, cuando el Hombre Celeste se manifiesta como un Ego infantil en el plano físico. Medítese esto con alguna atención y se verá cuán grande analogía existe entre la evolución del Peregrino y la de cada nacimiento sucesivo. En este último los principios superiores esperan la formación del cuerpo físico que se está construyendo para habitación suya, al paso que en el primero la Triada espiritual aguarda la construcción del Cuaternario. Hasta que el vehículo del plano está dispuesto, todo es preparativos para la evolución, más bien que evolución propiamente dicha—muchas veces se le llama evolución. La evolución de la Conciencia ha de comenzar por contactos que su vehículo *más externo* reciba: esto es, debe principiar en el plano físico. Sólo puede percibir el exterior por choques contra su exterior propio; mientras tanto sueña dentro de sí misma por los débiles estremecimientos internos que emanan siempre de la Mónada, causando ligeras presiones hacia afuera en la Triada espiritual, como un manantial debajo de la tierra que busca una salida.

Mientras tanto, los preparativos para el despertar de la materia, para darle cualidades, aquello que pudiera asemejarse á una formación de los tejidos del futuro cuerpo, son hechos por el Segundo Logos—la segunda ola de vida, rodando de plano en plano, comunicando sus propias cualidades á esa séptuple proto-materia. La ola de vida, como ya se ha dicho, lleva consigo á las Triadas espirituales hasta el subplano atómico del tercer plano, el plano del Fuego, del poder creador individualizado, de la mente. Aquí tiene ya cada una sus átomos, el velo manásico ó mental de la Mónada, los cuales inunda el Logos con Su vida, así como los demás átomos del plano. Todos estos átomos constituyentes del subplano atómico, ya estén libres, ya estén ligados á las Mónadas, pueden denominarse correctamente Esencia Monádica; pero como en el curso de la evolución,

que pronto se explicará, surgen diferencias entre los átomos ligados y los no ligados, el término Esencia Monádica se emplea usualmente para los no ligados, al paso que los ligados se llaman, por razones que se mostrarán, «átomos permanentes». Así, pues, podemos definir la Esencia Monádica como materia atómica animada por la vida del Segundo Logos. Es Su envoltura para vivificar y sostener unidas las formas; Él está revestido de materia atómica. Su propia vida como Logos, separada de la vida de Âtma-Buddhi-Manas en el hombre—aunque Él las sostiene, las compenetra y las abarca todas—, está revestida sólo de materia atómica y esto es lo que se significa con el término Esencia Monádica. La materia de este plano, ya capaz por la naturaleza de sus átomos (1) de responder á vibraciones de pensamiento activas, es lanzada por la segunda ola de vida en combinaciones propias para expresar pensamientos—pensamientos abstractos en la materia más sutil, y pensamientos concretos en la más grosera. Las combinaciones de los subplanos superiores constituyen el Primer Reino Elemental; las combinaciones de los cuatro subplanos inferiores constituyen el Segundo Reino Elemental. La materia sujeta á tales combinaciones es llamada Esencia Elemental y es susceptible de ser moldeada en forma de pensamiento. El estudiante no debe confundir á ésta con la Esencia Monádica; la una es atómica y la otra molecular en su constitución.

La segunda oleada de vida rueda luego hacia el segundo plano, el plano del Agua, de la sensación individualizada, del deseo. Esta Substancia del Segundo Logos liga los átomos de la Mónada animados ó permanentes del segundo plano á un número correspondiente de átomos del primer plano, inunda los demás átomos de su propia vida—convirtiéndose así todos estos átomos en Esencia Monádica—y sigue adelante formando en cada subplano combinaciones apropiadas para constituir cuerpos físicos, los cuerpos simples, según se les llama, en los tres subplanos inferiores.

Considerando esta obra de la segunda oleada de vida como un todo, vemos que consiste en lo que pudiera llamarse justamente la construcción de los tejidos primarios, de los cuales han de formarse después cuerpos sutiles y densos. Con mucha razón

(1) Por las Tanmâtras, las Medidas divinas.

ha sido llamado en algunas antiguas escrituras un tejido, pues tal es literalmente. Los materiales preparados por el Tercer Logos son tejidos por el Segundo Logos en hilos y telas con las cuales han de hacerse vestimentas futuras—cuerpos sutiles y densos. Así como un hombre puede tomar hilos separados de lino, de algodón y de seda—que son combinaciones de una clase más sencilla—y tejer telas de hilo, de algodón ó de seda, telas que á su vez se han de transformar en vestidos, cortándolas y cosiéndolas, así el Segundo Logos teje los hilos de materia, convierte éstos en telas y luego hace de ellas formas. El es el Eterno Tejedor, al paso que podemos considerar al Tercer Logos como el Eterno Químico. Este último trabaja en la naturaleza como en un laboratorio, y el primero como en una fábrica. Estos símiles no son de despreciar, pues sirven de muletas á nuestras cojas tentativas para ayudarlas á comprender.

El «tejido» da á la materia sus cualidades características, del mismo modo que las características del hilo difieren de las de la materia bruta, como las características de la tela difieren de las de los hilos. El Logos teje las dos clases de tela de materia manásica, de materia mental, y de ellas saldrán el cuerpo causal y el mental. Teje la tela de materia astral, de materia del deseo, y de ella se construirá el cuerpo de deseos. Esto es, que las combinaciones de la materia que hace y sostiene unidas la segunda oleada de vida, tienen las características que obrarán sobre la Mónada cuando se ponga en contacto con otras y le permitirá actuar sobre ellas. De esta suerte puede ella recibir toda clase de vibraciones mentales, sensacionales, etc. Las características dependen de la naturaleza de las agregaciones. Hay siete grandes tipos determinados por la naturaleza del átomo, y de éstos existen innumerables subtipos. Todo esto conduce á la formación de los materiales del mecanismo de la conciencia, la cual será condicionada por todas estas texturas, colores y densidades.

En este descenso de la ola de vida á través del tercero, segundo y primer plano, hasta que llega á la materia más densa y en este punto se vuelve para principiar su ascenso, debemos considerarla funcionando para formar combinaciones que muestran cualidades; por esto designamos algunas veces á esta labor como productora de cualidades. En el ascenso veremos que los cuerpos están construídos de materia de eso modo preparada. Pero antes de entrar en el estudio de la formación de éstos, de-

bemos considerar la séptuple división de esta oleada de vida en su descenso y la aparición de los «Resplandecientes», de los «Devas», de los «Angeles», de los «Elementales»; todo esto es asunto que corresponde también al descenso. Son los «Dioses Menores», de quienes habla Platón, de los cuales derivan los hombres sus cuerpos perecederos.

ANNIE BESANT.

(Se continuará.)

LA FECHA CANÓNICA DE JESÚS

(CONTINUACIÓN).

PERO volvamos á nuestra referencia á Pilatos en I *Timoteo.* Vemos que no hay razón para asignar una fecha más antigua á esta carta y sí muchas para vacilar al hacerlo. Marcion (140 de la Era Cristiana) no habla de esta carta; no estaba en su canon Paulino. Esto, por supuesto, es un testimonio negativo, pero positivo no tenemos ninguno. Puede muy bien haber existido; lo más probable es que haya existido en los días de Marcion, pues su colección debía responder á la crítica doctrinal y no histórica. Van Manen no trata de dar las fechas de las Epístolas individuales, por más que parece que data su «círculo» hacia el año 120; sin embargo, asigna los años 130 á 150 á los *Hechos de los Apóstoles*, fecha que concuerda con nuestras conclusiones (véase *The Gospels and the Gospel).* Porque si, como nosotros deducimos, el tercer Evangelio fué escrito del año 125 al 130 y si, como muchos sostienen, los *Hechos* son del mismo autor, el período de 130 á 150 puede muy bien representar los términos de la fecha del autógrafo de ese documento. Hay, sin embargo, que tener presente que Justino Mártir (150) no sabe nada acerca de los *Hechos*, aun cuando habla de Simón Mago, pues de haberlos conocido, no hubiese pasado por alto el referirse á los Hechos, como hacen los tratadistas de herejías subsiguientes,

los cuales de un modo triunfal los ponen al frente de sus «refutaciones» á aquél famoso hereje. Hasta el año de 177 no existe cita alguna clara conocida de los *Hechos*.

En todo caso no puede sostenerse que la referencia de I *Timoteo* sea un testimonio de la antigüedad de la tradición de Pilatos menos atacable, no diremos que el autor del tercer Evangelio, sino que el autor de la «fuente» de donde aquél la tomó.

La corriente más poderosa de la tradición se encuentra en el hecho de que la fecha de Pilatos la dan confidencialmente los cuatro Evangelistas. Importa poco que asignemos al autógrafo del cuarto Evangelio una fecha posterior á las de los escritores sinópticos, y que supongamos que el escritor de aquél tenía delante de sí los escritos de los otros, ó que prefiramos la presunción de que tuvo acceso directo é independiente de ellos á las mismas fuentes principales. En cualquiera de estos casos, su autoridad, en lo que á Pilatos se refiere, no es de creer que se considere apoyada en un terreno más firme que el del autor del «documento común» de la tradición sinóptica (véase mi reciente estudio *The Gospels and the Gospel*, en lo tocante á los últimos desarrollos de la crítica sobre el problema sinóptico.

La opinión más generalizada de la prioridad de *Marcos* ó del «*Marcos* original» tiene tantas contras que, lo mismo que muchos otros, prefiero la hipótesis más sencilla de una fuente escrita (diferente de nuestro *Marcos* presente ó de su autógrafo) como fundamento de la materia común á los tres sinópticos, cuya forma más sencilla, sin embargo, se conserva todavía en el *Marcos* canónico. Es casi seguro, cuanto pueda hablarse de seguridades en tanta falta de certeza, que Pilatos fué nombrado claramente en el cuerpo de este documento, usado por los tres evangelistas, y conocida también por el escritor del cuarto Evangelio, ya directamente, ya por los escritos de sus contemporáneos, pues no sostengo que fuesen necesariamente sus predecesores. Pero lo más sorprendente es el modo brusco é infundado con que el nombre de Pilatos fué al parecer introducido en el documento común. Es verdad que el escritor, ó acaso un editor primitivo del primer Evangelio, da muestras de haberse sentido obligado á atenuar ligeramente esta brusquedad, al añadir «el gobernador» después del nombre de Pilatos y que el escritor del cuarto habla de la «Casa del Gobierno». Pero los documentos de *Marcos* y de *Lucas* hacen suponer ó bien que la fuente

común de que se valían sacó á luz una afirmación de todos conocida, ó bien que ya estaba hecha una referencia más cumplida de Pilatos, acaso en su mismo preámbulo. Y esta última hipótesis entiendo que debía ser la opinión de von Manen, quien en su artículo «Antigua Literatura Cristiana» escribe:

«Los Evangelios, comparados atentamente, nos señalan un evangelio escrito 'más antiguo que todos', el cual desgraciadamente no existe para nosotros, salvo las huellas que podamos descubrir de él en ulteriores exámenes críticos. Quizá haya comenzado en términos parecidos á éstos: En el año quince del reinado de Tiberio César, siendo gobernador de Judea Poncio Pilatos, bajó á Capernaum... Jesús...»

Es de notar, sin embargo, que el evangelio de Marcion no contenía, por lo que parece, esta introducción, sino que principiaba bruscamente. «El llegó á Capernaum». Que Marcion conociese ó no directamente el documento común usado por nuestros sinópticos es imposible saberlo; pero me inclino algún tanto á pensar que ese documento salió originalmente de un ambiente «gnóstico», y si tuviéramos informes respecto de las «tradiciones de Matías», penúltimo lazo entre los círculos Basílido-Valentinianeos y los orígenes, probablemente nos pondríamos en camino de hallar el parentesco de nuestra fuente sinóptica común.

Por consideraciones de esta índole no he insistido en otra confirmación de la fecha de Jesús, aparentemente de igual fuerza, ó sea el hecho de que los cuatro evangelistas enfáticamente aseguran que Él era contemporáneo de Juan Bautista, cuya existencia es históricamente atestiguada por Josefo (*Antiq.* XVIII, V. 2); pudiera decirse que Juan no fué mencionado en este Evangelio escrito «más antiguo» y que la omisión hecha por los escritores primitivos de un factor á que dieron tanta importancia los posteriores, argüye que no era conocido en su tiempo. Mi interés principal ha sido el elegir el eslabón más fuerte de la cadena de la tradición, á saber, la fecha de Pilatos.

De este modo hemos derivado nuestra tradición de Pilatos del documento común, usado por los evangelistas sinópticos. Más allá de este punto no podemos marchar con certeza alguna; lo demás es pura especulación en ausencia de datos objetivos de toda clase. No podemos asignar fecha al autógrafo del documento común; no sabemos si pasó por alguna revisión antes

de llegar á manos de los evangelistas canónicos; ignoramos si originalmente estaba escrito en griego, hebreo ó arameo; no tenemos noticia de si los sipnóticos se fundaron en la copia de un original ó en una traducción, ó si hicieron sus propias traducciones; ni conocemos que otros documentos contemporáneos existían, por más que es de todo punto cierto, según la declaración del autor del tercer Evangelio, que había «muchos» otros.

Ahora bien; es de observar que el escritor del documento común, considerado en la forma más sencilla conservada por *Marcos*, atribuye toda la culpa de la condenación de Jesús á los sumos sacerdotes, y dice muy poco de Pilatos. Esto es muy notable, pues sabido es el odio amargo de los judíos á los romanos, y lo que es más aún, nos consta por Josefo que la memoria de Pilatos especialmente era profundamente odiada de los judíos.

De otra parte, en aquellos días de sospechosas políticas debidas á las muchas cábalas revolucionarias de los judíos, era en extremo peligroso para un escritor judío ó para los generalmente identificados con ellos, como lo estaban aún los cristianos, el hablar contra los gobernantes imperiales ó sus funcionarios, y era costumbre de los autores de los numerosísimos folletos político-religiosos de aquel tiempo, de los cuales tenemos muchos ejemplares en la forma de una literatura pseudopigráfica y apocalíptica, el disfrazar el verdadero objeto de su odio dando á su asunto la forma profética, donde el presente ó el pasado inmediato se exponían como porvenir, y donde los nombres de los verdaderos escritores eran alterados ú ocultos bajo el símbolo ó la metáfora.

La mención directa, pues, del nombre de Pilatos en el documento común, parece indicar otro orden de literatura, y hasta se pudiera aventurar el decir que quizá haya podido ser especialmente sostenido por el favor imperial tan recientemente otorgado á la *Historia de la Guerra Judía* de Josefo. Pero cualquiera que sea el valor que tenga semejante especulación, la exculpación práctica de Pilatos parece apuntar á una época en que el Cristianismo trataba de separarse del judaismo á los ojos del mundo romano. ¿Podríamos de algún modo fijar una fecha probable á este estado de cosas? Es muy difícil hacerlo, pero pudiera indicarse los términos extremos. Se infiere del análisis de la historia que, por lo menos hasta el final del siglo primero,

los cristianos eran indistintamente clasificados entre los judíos por las autoridades. Los judíos eran objeto de frecuentes represiones y persecuciones por parte de la magistratura romana, mas no por razones religiosas. Eran considerados como revolucionarios políticos. El antagonismo entre los judíos cristianos y los judíos, dicen algunos sabios talmudistas, se desarrolló de un modo agudo únicamente en el reinado de Trajano (98-117) (1), pero la separación completa no se verificó probablemente hasta el de Adriano (117-138). Se fundan para esta afirmación en datos talmúdicos. Pero, ¿cuántos años transcurrieron antes que este antagonismo alcanzara estado tan agudo? No podemos decirlo; pero podemos con gran confianza fijar como último límite á nuestro documento común los primeros años del siglo segundo. Para asignar el límite de atrás nada tenemos que nos auxilie, á no ser la consideración de que la destrucción de Jerusalem el año 70 fué un golpe mortal para las esperanzas de aquellos que aguardaban el cumplimiento material de las profecías mesiánicas, y la más conducente á reforzar la posición de aquellos que consideraban de un modo más espiritual el mesianismo, como acontecía á las comunidades internas, las cuales se hallaban más inclinadas á acatar lo que no podían evitar, y por tanto, á reconciliarse con sus gobernantes.

Pero aun cuando aceptásemos como límite más atrasado para nuestro documento común una fecha alrededor del año 75, en esta época relativamente temprana, fuesen los que fuesen los argumentos de la contienda sobre el más culpable de la muerte de Jesús, lo cierto es que el haber sucedido ésta bajo el poder de Pilatos era hecho tan sencillo que, según es de presumir, pudo haberse comprobado con facilidad; si hubiese sido falso, es inverosímil que hubiese arraigado, ni por un momento, ni siquiera entre los más crédulos. Los encarnizados contrarios del Cristianismo entre los judíos hubiesen desde luego argüido: ¡Si ni siquiera ha habido tal juicio ante Pilatos!

Por otra parte, el nombre de Pilatos puede haberse introducido en alguna redacción intermedia del documento común antes de llegar á manos de los evangelistas; con el transcurso del

---

(1) Véase Joël (M.) *Blicke in die Religions-geschichte su Anfang des y weiten christlichen Jahrhunderts.* (Breslau, 1880) I. 14-41 y II 87 *ff*; véase también Graetz (H. H.) *Geschichte des Juden* (Leipzig, 1865, seg. ed.) IV 90 *ff*.

tiempo y la destrucción de los anales y el desarrollo del Cristianismo fuera de Palestina, las dificultades de la comprobación se aumentaron considerablemente. Puede hasta haber sucedido que el documento declarase originalmente sólo que Jesús fué llevado ante el «gobernador» y que el nombre de Pilatos se hubiera añadido subsiguientemente por razón del deseo de precisar más, según la costumbre «haggadica» de aquella época.

Cualquiera que sea la verdad del asunto, la fecha de Pilatos tiene todas las apariencias de ser un elemento histórico de tanta fuerza como cualquier otro de toda la tradición. Lleva en su faz la apariencia de una declaración de las más ingenuas, y la introducción del nombre, si no hubo fundamento para ello, demuestra una falta tan grande de lo que hoy consideramos como moralidad histórica, que no tiene semejante sino en la pseudopigráfica y apocalíptica literatura de la época.

EL TESTIMONIO EXTERNO MÁS PRIMITIVO ACERCA DE LA FECHA DE JESÚS

—

Plinio el Joven—Seutonio—Tácito

En nuestro escrito anterior, «La Fecha Canónica de Jesús», hemos considerado la cuestión con arreglo á los orígenes canónicos aceptados, tratando de poner en claro la fuerza principal de la tradición conservada por los escritores sinópticos. El resultado de esta investigación ha sido que las probabilidades se inclinan grandemente en favor del hecho histórico de que Jesús fué contemporáneo de Pilatos. Ahora vamos á examinar el testimonio externo más primitivo.

Siempre ha sido causa de asombro para el investigador histórico de los principios del Cristianismo, el que no haya ni una sola palabra en los escritos paganos del primer siglo de nuestra Era, que se refiera ni en poco ni en mucho á la maravillosa historia relatada por los escritores del Evangelio. La existencia misma de Jesús aparece ignorada.

No puede suponerse que en un tiempo existieran datos, que fuesen luego suprimidos por los copistas cristianos á causa de su naturaleza hostil ó escandalosa, toda vez que se han conser-

vado datos de la misma índole de fecha posterior. La razón de este silencio está, sin duda, en el hecho de que el Cristianismo era confundido con el Judaísmo, y que los escritores no judíos no hacían distinción entre ambos. Á los convertidos al Cristianismo se les tenía por prosélitos del Judaísmo, y para un romano carecía de toda importancia que secta particular del Judaísmo pudiera abrazar un converso. La cuestión de que fase particular del Mesianismo pudiera tener revuelta á los Judíos, ni siquiera se le ocurrió; la circuncisión ó no circuncisión no era de interés para él. Tenía una vaga idea de que los judíos eran gente turbulenta, políticamente peligrosos para el Estado, que observaban una extraña superstición y que odiaban al género humano, pero de aquí no pasaba.

Así, pues, como no podemos encontrar nada acerca de los cristianos en los escritores paganos del siglo primero, nos volvemos á nuestras primeras noticias del siglo segundo, según se encuentran en Plinio el Joven, Suetonio y Tácito.

Todos tres desempeñaron cargos imperiales y fueron muy conocidos en la corte, por lo que es de presumir que tuviesen acceso á los archivos del imperio. Los tres fueron escritores é historiadores distinguidos y probablemente amigos personales. Sabemos por sus cartas el hecho de que Plinio y Tácito fueron amigos íntimos y también que Plinio y Suetonio sostenían correspondencia amistosa.

Plinio nació el año 61 de nuestra Era; su mayor actividad literaria fué en el reinado de Trajano; pero si sobrevivió ó no á su imperial amo (117) es cosa que ignoramos. Tácito tenía la misma edad que Plinio y sobrevivió á Trajano, pero la fecha exacta de su muerte se desconoce. Suetonio era unos diez años más joven, pues nació en 70 ó 71; fué secretario particular de Adriano (117-138), más se ignora también el año de su muerte.

Si consideramos, pues, primeramente la famosa carta de Plinio á Trajano y la contestación de éste (*Cartas* X, 96, 97), veremos mucho que nos interesa referente á los cristianos de los lejanos Ponto y Bitinia que vinieron á ser juzgados ante Plinio como Propretor, pero no hay nada, ni en el informe de Plinio ni en el supuesto rescripto del Emperador, que nos dé la más pequeña clave de la fecha de Jesús. Pero aun cuando hubiésemos encontrado en esta correspondencia alguna confirmación directa ó indirecta de la fecha tradicional, tendríamos, sin em-

bargo, que considerar los argumentos de los que han sostenido que ambos documentos son falsos ó que en el texto original se han hecho interpolaciones (1). Sin embargo, si la carta de Plinio que tenemos ante nosotros fuera genuína—y yo me inclino á creer que lo es en gran parte—según toda probabilidad, hay que asignarla al año 112 (2): pero como la cuestión de la fecha y autenticidad de esta correspondencia no nos concierne en este momento (pues en ella no vemos nada que pueda ayudarnos en nuestra presente investigación), pasamos á las declaraciones de Suetonio.

Hay dos sentencias cortas en las *Vidas de los Doce Césares* (desde Julio César á Domiciano ó sea hasta el 96) de Suetonio, las cuales parecen referirse á los cristianos. En su Vida de Claudio (41-54) Suetonio nos dice (cap. XXV) que el Emperador desterró á los judíos, ó á ciertos judíos, de Roma, á causa de las persistentes contiendas que existían entre ellos «*impulsore Chresto*».

Durante mucho tiempo se ha discutido acaloradamente acerca de estas dos palabras, que podemos traducir por la frase «á instigación de Chrestos» (lit. «Chrestos siendo el *impulsor*»).

Se sostiene, con buenas razones filológicas, que esto debe referirse á una persona viva (3). Así se ha supuesto por algunos que se refiere sencillamente á un judío llamado Chrestus que vivía entonces en Roma; pero esto me parece una explicación muy poco satisfactoria; pues sabemos que «Chrestus» se encuentra todavía á veces en manuscritos donde debía esperarse «Christus»; sabemos, además, que Tertuliano (*Apol.* III) á principios del siglo tercero, acusa á los romanos de esta mala pronunciación del nombre de Cristo, y un siglo más tarde nos dice Lactancio (*Institt.* IV, 7) que era todavía una costumbre común.

No es necesario inquirir aquí si esta confusión de Christus y Chrestus era realmente un error de la ignorancia de los no cris-

---

(1) Véase *Bibliography of the Yunger Pliny*, de Platner (S. B). (Universidad Occidental de Ohío, 1895). También véase *De C. Plini Caecili, Secundi et Imp. Trajani Epp. mutuis Disputatio* de Wilde (C. G. I.), quien al paso que sostiene la autenticidad, presenta un resumen de opiniones contrarias.

(2) Véase *Hermes* (1869) III, 53, de Mommsen (T.).

(3) Véase *C. Suetoni Tranquilli Vita Divi Claudi*, de Smilda (H). (Groningen. 1896), p. 124. n. También *Geschichte der römischen Kaiserzeit* de Schiller (H). (Gotha, 1883) I 447, n. 6.

tianos, ó si hay alguna otra explicación del fenómeno (1); un extraño como Suetonio no es de suponer, de todos modos, que supusiese la diferencia, y así, en este pasaje, podemos muy bien tomar á Chrestus por Christus.

Pero aun así se nos presenta la dificultad de que, según la tradición recibida, el Cristo Cristiano no estuvo nunca en Roma, ni alcanzó el reinado de Claudio.

Por otra parte, si se argüyese que Suetonio no emplea la frase «*impulsore Chresto*», literalmente, sino que encerraba en ella un significado metafórico, aun así debemos tener presente que Christus no se refiere necesariamente á Jesús. *Christos* es sencillamente la palabra griega que corresponde al *Messiah* hebreo, el «ungido», y en aquella época había muchos que pretendían ser este «ungido». Así, pues, la referencia puede ser á una contienda cualquiera mesiánica entre los judíos (2).

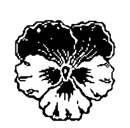
G. B. S. Mead.

(Se continuará).

---

(1) La inscripción cristiana, de fecha más antigua (Oct. 1318), dice: «El Señor y Salvador Jesús el Bueno»—*Chrestos* no *Christos*. Esta era la leyenda que estaba sobre la puerta de una iglesia marcionita, y los marcionitas eran gnósticos y no confundian su Chrestos con el Cristo judío.

(2) Véase *Geschichte des römischen Kaiserreichs unter der Regierun des Nero* de Schiler (H). (Berlín, 1872) p. 434.



DESDE LAS CUEVAS Y SELVAS DEL INDOSTÁN

por H. P. BLAVATSKY

(CONTINUACIÓN)

GLORIAS DESVANECIDAS

BENARES Prayâga (ahora Allahabad), Nassik, Hurdwar, Bhadrinath, Matura: estos eran los lugares sagrados de la India prehistórica que íbamos á visitar uno después de otro, pero á visitarlos no al modo usual de los turistas, á vista de pájaro, con una guía barata en las manos y un cicerone que fatigue nuestros cerebros y canse nuestras piernas. Sabíamos muy bien que todos estos antiguos lugares rebosan de tradiciones y se hallan cubiertos por la mala yerba de la fantasía popular, como las ruínas de un antiguo castillo cubiertas de hiedra; que la forma original del edificio está destruída por el frío abrazo de estas plantas parásitas, y que es tan difícil para el arqueólogo formar una idea de la arquitectura del edificio, en un tiempo perfecto, juzgando solamente por los montones de escombros desfigurados que cubren el país, como para nosotros el sacar en la confusa masa de leyendas el buen trigo de entre la mala yerba. Ni guía ni cicerones podían sernos útiles. Lo único que podían hacer era señalar los sitios donde en otro tiempo hubiese existido una fortaleza, un castillo, un templo, una arboleda sagrada ó una ciudad célebre, y luego repetir las leyendas creadas en las últimas épocas bajo la dominación musulmana. En cuanto á la verdad sin desnaturalizar, en cuanto á la historia original de cada lugar interesante, teníamos que buscarla por nosotros mismos, ayudados tan sólo por nuestras propias conjeturas.

La India moderna no presenta una pálida sombra de lo que fué en la época precristiana, ni siquiera del Indostán de los días de Akbar, Shah-Jehan y Aurunzeb. Los alrededores de las ciudades destruídas por las guerras, y de las arruinadas aldeas, están cubiertos de guijarros redondos rojizos, como otras tantas lágrimas de sangre petrificadas. Pero al aproximarse á la puerta de hierro de alguna antigua fortaleza, no se tiene que pasar sobre guijarros naturales, sino sobre los rotos fragmentos de granito más antiguo, bajo los cuales yacen muchas veces las ruínas de una tercera ciudad aún más antigua que la última. Los musulmanes, que generalmente construían sus ciuda-

des sobre los restos de las que habían tomado por asalto, les han asignado nombres modernos. Los nombres de estas últimas se mencionan algunas veces en las leyendas, pero los nombres de sus predecesoras habían por completo desaparecido de la memoria popular aun antes de la invasión musulmana. ¿Llegará un tiempo en que sean revelados esos secretos de los siglos?

Sabiendo todo esto de antemano, resolvimos no perder la paciencia, aunque tuviéramos que dedicar años enteros á la exploración de los mismos sitios, á fin de obtener una mejor información histórica y hechos menos desfigurados que nuestros predecesores, que habían tenido que contentarse con una escogida colección de ingenuas mentiras escapadas de la boca de algún semisalvaje asustado, ó de algún brahman nada deseoso de hablar y sí de desfigurar la verdad. En cuanto á nosotros, la situación era distinta. Estábamos ayudados por toda una sociedad de hindus educados, tan profundamente interesados como nosotros en el asunto. Además se nos había prometido la revelación de algunos secretos y la traducción exacta de algunas crónicas antiguas que habían sido conservadas como por milagro.

La historia de la India hace tiempo que se ha borrado de la memoria de sus hijos y es aún un misterio para sus conquistadores. Indudablemente existe todavía, aunque quizá sólo en parte, en manuscritos que se ocultan celosamente á los ojos europeos. Esto ha sido demostrado por algunas palabras muy significativas dichas por brahmanes en sus raras ocasiones de expansión amistosa. Así, el coronel Tod, á quien he citado varias veces, cuenta que le fué dicho por un Mahant, jefe de un antiguo monasterio-pagoda: «Sahib, perdéis vuestro tiempo en vanas investigaciones. La India Bellati (la India de los extranjeros) se halla ante vos, pero jamás veréis la India Gupta (India secreta). Somos los guardianes de sus misterios y preferiríamos cortarnos la lengua antes que hablar.»

Sin embargo, Tod consiguió saber mucho. Hay que tener presente que jamás inglés alguno ha sido tan bienquisto de los naturales como este antiguo y animoso amigo del Maharana de Oodeypur, que se mostraba tan bondadoso hacia los naturales, que el más humilde de ellos no vió nunca ni aun sombra de desprecio en su actitud. Escribió antes que la etnología hubiese llegado á su presente estado de desarrollo, pero su libro es todavía una autoridad sobre todo lo que se refiere al Rajistan. Aunque la opinión que el autor tenía de su obra no era muy elevada, aunque declaró que «no era más que una colección concienzuda de materiales para el futuro historiador», sin embargo, en este libro se encuentran muchas cosas que ni aun siquiera soñó funcionario alguno civil de Inglaterra.

Dejemos que nuestros amigos se sonrían con incredulidad. Dejemos que nuestros enemigos se rían de nuestras pretensiones «de penetrar los misterios del mundo de Aryavasta», como cierto crítico expresó recientemente. Por pesimista que sea la opinión de nuestros críticos, sin embargo, aun en el caso que nuestras conclusiones no resultasen más dignas de confianza que las de Fergusson, Wilson, Wheeler y demás arqueólogos y sanskritistas que

han escrito acerca de la India, espero que no sean menos susceptibles de prueba. Diariamente se nos dice que, como chicos poco razonables, hemos emprendido una tarea ante la cual los arqueólogos é historiadores, ayudados de toda la influencia y dinero del Gobierno, han retrocedido desanimados; que nos hemos empeñado en una labor que ha resultado estar por encima de las facultades de la Sociedad Real Asiática.

Bien está. Recuerden todos, como nosotros recordamos, que no hace mucho tiempo un pobre húngaro, que no sólo carecía de todo género de medios, sino que era casi un mendigo, se dirigió á pie al Tibet á través de países desconocidos y peligrosos, llevado únicamente por su gran deseo de aprender y derramar luz sobre el origen histórico de su nación. El resultado fué que se descubrieron minas inagotables de tesoros literarios. La filología, que hasta entonces había vagado en las tinieblas egipcias de laberintos etimológicos, y que estaba á punto de pedir la sanción del mundo científico para una teoría de las más extrañas, tropezó repentinamente con la clave de Adriana. La filología descubrió por fin que el lenguaje sanskrito es, si no el antepasado, á lo menos — usando el lenguaje de Max Müller — «el hermano mayor» de todas las lenguas clásicas. Gracias al celo extraordinario de Alejandro Csoma de Körös, el Tibet entregó una lengua cuya literatura era totalmente desconocida. El la tradujo en parte y en parte la analizó y explicó. Sus traducciones han demostrado al mundo científico: 1.°, que los originales del *Zend-Avesta*, las escrituras sagradas de los adoradores del sol, de *Tripitaka*, la de los buddhistas, y de *Aytareya-Brahmanam*, la de los brahmanes, estaban escritas en la misma lengua sanskrita; 2.°, que las tres lenguas — el Zend, el nepalese y el sanskrito brahman moderno — son, más ó menos, los dialectos de la primera; 3.°, que el sankrito antiguo es el origen de todos los lenguajes indo-europeos menos antiguos, así como de las lenguas y dialectos europeos modernos; 4.°, que las tres principales religiones del paganismo — Zoroastrianismo, Buddhismo y Brahmanismo — son meras herejías de las enseñanzas monoteístas de los *Vedas*, lo cual no les impide ser realmente religiones antiguas y no falsificaciones modernas.

La moral de todo esto es evidente. Un pobre viajero, sin dinero ni protección, consiguió que le admitiesen en las Lamazerías del Tibet y le dieran á conocer la literatura sagrada de la tribu aislada que allí habita, probablemente porque trató á los mongoles y tibetanos como hermanos suyos y no como á una raza inferior, proeza que está por llevarse á cabo por los hombres científicos. No se puede menos que sentirse avergonzado de la humanidad y de la ciencia cuando se piensa que aquel cuyos trabajos fueron los primeros en proporcionar á la última la siembra de cosecha tan abundante, continuó siendo, casi hasta el día de su muerte, un trabajador pobre y obscurecido. A su regreso del Tibet fué á Calcuta sin un penique en el bolsillo. Por fin, Csoma de Körös fué conocido, y su nombre principió á pronunciarse con honor y alabanza, cuando se hallaba moribundo en uno de los lugares más pobres de Calcuta. Estando ya muy enfermo quiso volver al Tibet,

y salió de nuevo á pie á través de Sikkhim. Pero sucumbió de su enfermedad en el camino y fué enterrado en Darhjeeling.

Es inútil decir que sabemos muy bien que lo que hemos emprendido es sencillamente imposible dentro de los límites de artículos ordinarios de periódico. Todo lo que esperamos conseguir es poner la piedra fundamental de un edificio, cuya sucesiva construcción debe ser confiada á generaciones futuras. A fin de combatir con éxito las teorías acumuladas por dos generaciones de orientalistas, se necesitaría medio siglo de asidua labor. Y á fin de reemplazar esas teorías por otras nuevas, tenemos que obtener hechos nuevos, hechos fundados no en la cronología y falso testimonio de brahmanes embusteros, cuyo interés está en alimentar la ignorancia de los sanskritistas europeos (como por desgracia sucedió con el teniente Wilford y Luis Jacolliot), sino en pruebas indubitables que han de encontrarse en inscripciones no descifradas aún. La clave de estas inscripciones no la poseen los europeos, porque como antes he manifestado, está guardada en manuscritos tan viejos como las inscripciones y que se hallan fuera de todo alcance. Aun en el caso de que se realizasen nuestras esperanzas y obtuviéramos esta clave, una nueva dificultad se levantaría ante nosotros. Tendríamos que emprender una refutación sistemática, página por página, de muchos volúmenes de *hipótesis* publicados por la Sociedad Real Asiática. Semejante trabajo pudiera verificarse por una docena de sanskritistas incansables en constante trabajo, clase de gente que hasta en la India es tan rara como los elefantes blancos.

Gracias á donativos privados y al celo de algunos patriotas hindus educados, dos clases libres de sanskrito y pali habían sido ya abiertas, una en Bombay por la Sociedad Teosófica, y la otra en Benares, bajo la presidencia del sabio Rama-Misra-Shastri. En el presente año, 1882, la Sociedad Teosófica reúne, en junto, catorce escuelas en Ceylan y en la India.

Con nuestras cabezas llenas de este género de pensamientos, nosotros, esto es, un americano, tres europeos y tres indígenas, ocupábamos todo un coche del Gran ferrocarril peninsular Indio, en nuestro camino hacia Nassik, una de las ciudades más antiguas de la India, como ya he dicho, y la más sagrada de todas á los ojos de los habitantes de la Presidencia Occidental. Nassik tomó su nombre de la palabra sanskrita «Nasika», que significa *nariz*. Una leyenda épica asegura que en este mismo sitio, Lakshman, el hermano mayor del deificado Rey Rama, cortó la nariz á la giganta Sarpnaka, hermana de Ravana, que robó á Sita, la «Elena de Troya» de los hindus.

El tren se detiene á seis millas de la ciudad, de suerte que tuvimos que terminar nuestro viaje en seis dorados carros de dos ruedas, llamados ekkas, y arrastrados por novillos. Era la una de la mañana, pero á pesar de la obscuridad de la hora, los dorados cuernos de los animales estaban adornados de flores, y en sus patas sonaban campanillas de metal. Nuestro camino pasaba á través de barrancos llenos de árboles, donde, según nuestros conductores se apresuraron á decirnos, los tigres y otros misántropos cuadrúpedos de la selva jugaban al escondite. Sin embargo, no tuvimos ocasión de trabar

conocimiento con los tigres, pero en su lugar gozamos del concierto de una comunidad entera de jacales. Nos seguían paso á paso, atormentando nuestros oídos con chillidos, risas salvajes y ladridos. Estos animales son enfadosos, pero tan cobardes, que aunque suficientes en número para devorarnos, no sólo á nosotros, sino también á los novillos de cuernos dorados, ninguno de ellos se atrevió á aproximarse á menos de algunos pasos. Cada vez que el largo látigo, nuestra arma contra las serpientes, caía sobre el lomo de uno de ellos, la horda entera desaparecía con un ruído indecible. Sin embargo, los conductores no perdonaron ni una siquiera de sus supersticiosas precauciones contra los tigres. Cantaban mantrams en coro, derramaban betel en el camino, como muestra de su respeto á los Rajas del bosque, y después de cada copla, hacían arrodillar á los bueyes é inclinar sus cabezas en honor de los grandes dioses. Inútil es decir que el ekka, tan ligero como una cáscara de nuez, amenazaba cada vez caer con su pasajero sobre los cuernos de los bueyes. Tuvimos que soportar este modo agradable de viajar durante cinco horas, bajo un cielo obscurísimo. Al fin llegamos á la posada de los peregrinos por la mañana á hora de las seis.

La verdadera causa de lo sagrado de Nassik, sin embargo, no es el tronco mutilado de la giganta, sino la situación de la ciudad á orillas del Godovari, muy cerca de las fuentes de este río que, por una ú otra razón, es llamado Ganga (Ganges), por los naturales. Probablemente á este nombre mágico debe la ciudad sus numerosos y magníficos templos, y la clase selecta de brahmanes que habita las orillas del río. Dos veces al año acuden allí los peregrinos á orar, y en estas solemnes ocasiones los visitantes exceden en número á los habitantes, los cuales son solamente 35.000. Muy pintorescas, pero igualmente sucias, son las casas de los brahmanes ricos, construídas á ambos lados del camino desde el centro de la ciudad al Godovari. Todo un bosque de templos piramidales, estrechos, se extiende por ambas orillas del río. Todas estas nuevas pagodas, están edificadas sobre las ruínas de las destruídas por el fanatismo de los musulmanes. Una leyenda nos informa que la mayor parte de ellas provienen de las cenizas de la cola del dios-mono Hanuman. Al retirarse de Lanka, donde el malvado Ravana, después de haber untado la cola del valiente héroe con una materia combustible, le prendió fuego, Hanuman, de un sólo salto á través del aire, llegó á Nassik, su patria.

Y aquí el noble adorno de la trasera del mono, quemada casi por completo durante el viaje, se deshizo en cenizas, y de cada sacratísimo átomo de estas cenizas que cayó al suelo, surgió un templo..... Y verdaderamente, estas innumerables pagodas, esparcidas del modo más desordenado, parecen, al ser contempladas desde la montaña, como si realmente hubiesen sido arrojadas á puñados desde el cielo. No solamente las orillas del río y los terrenos próximos, sino cada pequeña isla, cada roca que asoma fuera del agua, está cubierta de templos. Y ni uno siquiera de ellos carece de leyenda propia, de las cuales se refieren diversas versiones por cada individuo de la Comunidad

brahmánica con arreglo á su gusto, por supuesto con la esperanza de la correspondiente recompensa.

Aquí, lo mismo que en toda la India, los brahmanes se dividen en dos sectas—los adoradores de Shiva y los de Vishnu—y entre ambas existe rivalidad y guerra desde hace siglos. Aunque las cercanías del Godovari resplandecen por su doble celebridad de ser el lugar del nacimiento de Hanuman y el teatro de los primeros grandes hechos de Rama, encarnación de Vishnu, posee tantos templos dedicados á Shiva como á Vishnu. El material de que están construídas las pagodas consagradas á Shiva es basalto negro. Y precisamente el color del material es lo que constituye la manzana de la discordia en este caso. El material negro es reclamado como propiedad por los vaishnavas, por ser del mismo color que la cola quemada del aliado de Rama. Tratan de probar que los shivaites no tienen derecho á él. Desde los primeros días de su dominación, los ingleses heredaron innumerables pleitos entre las sectas rivales; los casos se sentenciaban en un tribunal sólo para ser apelados en otro, teniendo siempre por origen esta cola de mal agüero y sus pretensiones. Esta cola es un misterioso *deus ex machina* que dirige todos los pensamientos de los brahmanes de Nassik en pro y en contra.

Sobre la cuestión de esta cola se escribieron más resmas de papel y peticiones que en la querella acerca del ganso entre Ivan Ivanitch é Ivan Nikiphoritch; y se derramó más tinta y bilis que lodo ha habido en Mirgorod desde la creación del universo. El puerco que tan afortunadamente decidió la famosa querella de Gogol, sería una bendición inapreciable para Nassik y la lucha por la cola. Pero desgraciadamente ni aun el «puerco», si proviniere de «Rusia», serviría para nada, porque los ingleses sospecharían en seguida, y lo arrestarían como espía ruso.

En Nassik se enseña el sitio donde se bañaba Rama. Las cenizas de los brahmanes piadosos son traídas aquí de lugares distantes, para ser arrojadas en el Godovari, á fin de que se mezclen por siempre con las aguas sagradas del Ganges. En un antiguo manuscrito hay una declaración de uno de los generales de Rama, que por una ú otra causa no se menciona en el *Ramayana*. Esta declaración señala al río Godovari como la frontera entre los reinos de Rama, Rey de Ayodya (Oude) y de Ravana, Rey de Lanka (Ceilan). Las leyendas y el poema de *Ramayana* declaran que éste era el sitio donde Rama, mientras cazaba, vió un hermoso antílope, y al tratar de hacer con su piel un regalo á su amada Sita, penetró en las regiones de su desconocido vecino. Sin duda alguna, Rama, Ravana y hasta Hanuman, promovido por alguna razón no explicada al rango de mono, son personajes históricos que en un tiempo tuvieron existencia real. Hace unos cincuenta años se sospechó vagamente que los brahmanes poseían inapreciables manuscritos. Se dijo que uno de éstos trata de la época prehistórica en que los Arios invadieron por primera vez el país, y principiaron una guerra interminable con los oscuros aborígenes de la India del Sur. Pero el fanatismo religioso de los hindus nunca permitió al Gobierno inglés comprobar tales noticias.

Las vistas más interesantes de Nassik son unos templos-cuevas, á unas cinco millas de la ciudad. El día antes de nuestra marcha á dicho punto, no soñaba yo, ciertamente, en que una «cola» iba á representar tan importante papel en nuestra visita á Nassik, y que en este caso me salvaría á mí, si no de la muerte, por lo menos de muy desagradables y quizá peligrosas contusiones. He aquí cómo sucedió:

«Al presentarse ante nosotros la dificultosa tarea de subir una empinada montaña, decidimos alquilar elefantes. Nos trajeron la mejor pareja del país. Su dueño nos aseguró que «el Príncipe de Gales había montado en ellos y había quedado muy contento.» El ir y volver y disponer de ellos durante todo el día—en una palabra, la expedición entera—nos costaría dos rupias por cada elefante. Nuestros amigos indígenas, acostumbrados desde la infancia á esta clase de cabalgadura, no tardaron en hallarse en el lomo de su elefante. Lo cubrieron como moscas, sin predilección alguna por este ó aquel sitio de su enorme espalda. Se sostenían por medio de toda clase de cuerdas, más con los dedos de los pies que con sus manos, y en conjunto presentaban un cuadro de contento y confort. Nosotros, los europeos, teníamos que usar de la señora elefanta, por ser más mansa. Sobre su lomo estaban dos bancos pequeños con asientos en declive á ambos lados. Los miserables y raquíticos jovenzuelos que se exhiben en los circos europeos, no dan idea alguna del verdadero tamaño de esta noble bestia. El mahout ó conductor, se colocó entre las orejas del enorme animal, mientras nosotros contemplábamos los «perfectos» asientos dispuestos para nosotros, con un desagradable sentimiento de desconfianza. El mahout ordenó á su elefanta arrodillarse, y tengo que confesar que, al trepar á su lomo con ayuda de una pequeña escala, sentí lo que los franceses llaman *chair de poule*. Nuestra elefanta contestaba al poético nombre de «Chanchuli Peri», la Ada Activa, y en realidad era el más obediente y el más alegre de todos los representantes de su tribu que he visto nunca. Agarrándonos unos á otros dimos, por último, la señal de marcha, y el mahout aguijoneó la oreja derecha del animal con una varilla de hierro. Primeramente, la elefanta se levantó sobre sus patas delanteras, cuyo movimiento nos echó hacia atrás, después se levantó pesadamente sobre las traseras, y rodamos hacia adelante, amenazando arrollar al mahout. Pero esto no fué el fin de nuestras desventuras. A los primeros pasos que dió Peri rodamos en todas direcciones, como fragmentos palpitantes de jalea.

El viaje quedó repentinamente interrumpido. Fuimos recogidos con precipitación, vueltos á colocar en nuestros respectivos asientos, durante las cuales operaciones la trompa de Peri demostró su actividad, y el viaje continuó. El solo pensamiento de las cinco millas que teníamos ante nosotros nos llenó de espanto; pero no quisimos renunciar á la excursión, é indignados rechazamos que se nos atase á nuestros asientos, como indicaron nuestros compañeros hindus, que no podían contener sus alegres carcajadas..... Sin embargo, me arrepentí amargamente de este alarde de vanidad. Nuestro

anormal modo de locomoción era, al mismo tiempo, algo fantástico y ridículo. Un caballo, cargado con nuestro equipaje, trotaba al lado de Peri, y mirándole desde nuestra elevación, no parecía mayor que un burro. A cada potente paso de Peri teníamos que prepararnos para ejecutar inesperadas proezas acrobáticas, al ser zangoloteados de un lado á otro por el balanceo de su marcha. Este ejercicio, bajo un sol abrasador, nos ponía, sin poderlo remediar, en un estado de cuerpo y de ánimo, algo así como entre el mareo y una pesadilla hija del delirio. Como remate de nuestros goces, comenzando á subir un pequeño y tortuoso sendero, abierto en declive sobre las rocas de un profundo barranco, nuestro Peri tropezó. El repentino sacudimiento me hizo perder por completo el equilibrio. Yo iba sentada en la parte posterior, en el sitio de honor, que así se le considera, y al ser sacudida de tal modo, caí á tierra como un perro. Sin duda alguna, en el momento siguiente me hubiera encontrado en el fondo del barranco, con algún daño mayor ó menor de mi cuerpo, á no ser por la maravillosa destreza é instinto del hábil animal. Sintiendo que había sucedido algo indebido, me enlazó con su cola, se detuvo instantáneamente y comenzó á arrodillarse con cuidado. Pero mi peso natural era demasiado para la delgada cola de la bondadosa bestia. No me soltó Peri, y habiéndose por fin arrodillado, gimió de un modo lastimero, aunque indiscreto, pensando acaso que había poco menos que perdido su cola por haber sido tan generosa. El mahout se apresuró á ayudarme, examinando luego la perjudicada cola de su animal.

Entonces presenciamos una escena que nos demostró la grosera astucia, la avaricia y la cobardía de un hindu de baja estofa, de un *proscripto*, como aquí los llaman.

El mahout, indiferente y reposado, examinó la cola de Peri, y hasta tiró de ella varias veces, y cuando se disponía á subir tranquilamente á su sitio acostumbrado, tuve el desgraciado pensamiento de murmurar algo que expresaba mi sentimiento y compasión. Mis palabras obraron una milagrosa transformación en la conducta del mahout. Arrojóse al suelo y se echó á rodar como un endemoniado, lanzando gemidos salvajes y horribles. Llorando y sollozando, repetía constantemente que el Mam-Sahib había arrancado la cola de su querida Peri, que Peri estaba estropeada para siempre en la estimación de todo el mundo, que el esposo de Peri, el orgulloso Airavati, descendiente directo del propio elefante favorito de Indra, habiendo presenciado su vergüenza, renunciaría á ella, á lo cual era preferible que muriese..... Sólo con aullidos y lágrimas amargas respondía á las observaciones de nuestros compañeros. En vano tratamos de persuadirle que el «orgulloso Airavati» no mostraba la más ligera indignación á tan grande crueldad; en vano nos esforzábamos en hacerle ver que, durante todo este tiempo, los dos elefantes permanecían tranquilamente juntos, y que el mismo Airavati, en este crítico momento, frotaba afectuosamente con su trompa el cuello de Peri, y que Peri no parecía en modo alguno desolada por el accidente sufrido por su cola. Nada fué de provecho. Finalmente, nuestro amigo Narayan perdió

la paciencia. Hombre de extraordinaria fuerza muscular, acudió á un recurso extremo muy original. Con una mano tiró una rupía de plata, y con la otra agarró por el vestido de muselina al mahout y lo arrojó tras la moneda. Sin dedicar un pensamiento siquiera á su nariz, que sangraba, el mahout se abalanzó sobre la rupía con la voracidad de una bestia salvaje que se lanza sobre su presa. Postróse en el polvo ante nosotros repetidas veces con interminables «salaams», cambiando instantáneamente su profundo pesar por una loca alegría. Dió otro tirón a la infortunada cola, y declaró alegremente que, gracias á las oraciones del sahib», estaba realmente sana; para demostrar lo cual se colgó de ella, hasta que lo echaron de allí y volvió á su sitio.

—¿Es posible que una sola miserable rupía haya sido causa de todo esto?—nos preguntamos llenos del mayor asombro.

—Vuestra sorpresa es natural—contestaron los hindus.—No necesitamos declararos la vergüenza que experimentamos y el asco que sentimos ante esta voluntaria muestra de humillación y avaricia. Pero no olvidéis que este miserable, que ciertamente tiene mujer é hijos, sirve á su amo por doce rupías al año, en lugar de las cuales, á menudo, sólo recibe una paliza. Tened también en cuenta los largos siglos de tratamientos tiránicos de brahmanes y de musulmanes fanáticos, quienes consideran á un hindu no mejor que á un inmundo reptil, y que aun en nuestros días la generalidad de los ingleses los miran asimismo, y quizá con esto sintáis compasión por esta desdichada caricatura de la humanidad.

Pero la «caricatura» en cuestión se sentía evidentemente muy feliz, y sin la menor conciencia de humillación de ninguna clase. Sentado en la espaciosa frente de su Peri, le contaba su inesperada riqueza, recordándole su origen «divino» y ordenándole que saludase á los «sahibs» con su trompa. Peri, que estaba de muy buen humor, gracias al regalo que le hice de toda una caña de azúcar, elevó su trompa hacia atrás, y jugueteando, sopló en nuestras caras.

A la entrada de las cuevas de Nassik dijimos adiós á la India pigmea moderna, á las minucias de su vida diaria y á sus humillaciones. Volvimos á entrar en el mundo desconocido de la India, la grande y la misteriosa.

Las principales cuevas de Nassik fueron excavadas en una montaña que tiene por nombre Pandu-Sena, que también señala á la tradición primordial, persistente y siempre viva, que asigna toda esta clase de construcciones á los cinco hermanos míticos (?) de los tiempos prehistóricos. La opinión unánime de los arqueólogos estima que estas cuevas son más interesantes é importantes que todas las de Karli y de Elefanta juntas. Y, sin embargo —¿no es esto extraño? — á excepción del sabio Dr. Wilson, que quizá era demasiado aficionado á formar opiniones precipitadas, ningún arqueólogo se ha atrevido hasta ahora á decidir á qué época pertenecen, por quién fueron construídas y cuál de las tres religiones principales de la antigüedad era la profesada por sus misteriosos constructores.

Es evidente, sin embargo, que los que aquí trabajaron no pertenecieron todos ni á la misma generación ni á la misma secta. Lo primero que llama la atención es la tosquedad de la obra primitiva, sus enormes dimensiones y la decadencia de la escultura en los sólidos muros, al paso que la escultura y grabados de los seis colosos que sostienen la cueva principal en el segundo piso, están magníficamente conservadas y muy elegantes. Esta circunstancia induce á creer que la obra fué principiada muchos siglos antes de su terminación. ¿Pero cuándo? Una de las inscripciones sanskritas de época relativamente reciente (en el pedestal de uno de los colosos) señala á todas luces á 453 antes de nuestra Era, como el año de la edificación. En todo caso Barth, Stevenson, Gibson, Reeves y algunos otros hombres de ciencia, que, siendo occidentales, no tienen ninguno de los prejuicios propios de los pundits indígenas, han hecho esta congetura fundándose en alguna data astronómica. Además, la conjunción de los planetas expresada en la inscripción no deja duda acerca de las fechas, debe ser ó bien 453 antes de nuestra Era ó 1734 de la misma, ó 2640 antes de Cristo, siendo esta última imposible porque Buddha y los monasterios buddhistas están mencionados en la inscripción. Traduzco como sigue las sentencias más importantes.

«¡Al más Perfecto y más Elevado! ¡Que pueda serle esto agradable! El hijo del Rey Kshaparota, Señor de la tribu Kshatriya y protector de la gente, el Gobernante de Dinik, brillante como el alba, sacrifica cien mil vacas que pastan á orillas del río Banasa, juntamente con el río, y también el presente de oro del constructor de esta santa mansión de los dioses, el sitio de la sujeción de las pasiones de los brahmanes. No hay sitio más deseable que este sitio, ni tampoco en Prabhàsa, donde se reunen cientos de miles de brahmanes repitiendo el verso sagrado, ni en la Ciudad sagrada de Gaya, ni en la empinada montaña cerca de Dashatura, ni en el Campo de la Serpiente en Govardhana, ni en la Ciudad Pratisraya, donde se halla el monasterio de los buddhistas, ni aun en el edificio construído por Depanakara en las orillas de las frescas aguas (?) del mar. Este sitio, que concede favores incomparables, es agradable y útil bajo todos conceptos á la deteriorada piel de venado de un asceta. Una segura barca fué también dada por el que fundó los transportes diarios gratuítos á las bien guardadas orillas. También por el que construyó la casa de viajeros y la fuente pública, fué erigido un dorado león en la siempre asaltada puerta de este Govardhana, también otro (león) en el paso del río y otro en Ramartirtha. Varias clases de alimento encuentra siempre aquí el escaso rebaño; para este rebaño se ha almacenado por este generoso donante más de cien clases de hierbas y miles de raíces de las montañas. En el mismo Govardhana, en la montaña luminosa, esta segunda cueva fué excavada por orden de la misma benéfica persona, *durante el año mismo, cuando el Sol, Shukra y Rahu, muy respetados por los hombres, estaban en la plena gloria de su elevación*; en este año fué cuando se hicieron las presentes. Lakshmi, Yndra y Yama después de bendecirles volvieron, con gritos de triunfo, á su carro guardado en el camino libre de obtáculos (el firmamento) por la

fuerza de los mantrams. Cuando ellos (los dioses) se fueron todos cayó un fuerte aguacero...» y así sucesivamente.

Rahu y Kehetti son las estrellas fijas que forman la cabeza y la cola de la constelación del Dragón. Shukra es Venus, y Sakshmi, Yndra y Yama representan aquí las constelaciones de Virgo, Acuario y Toro, que están sometidas y consagradas á estas tres deidades de entre las doce superiores.

Las primeras cuevas están excavadas en una colina cónica á unos doscientos ochenta pies de su base. En la principal de ellas hay tres estatuas de Buddha; en las laterales un lingam y dos ídolos jaina. En la cueva superior hay una estatua de Dhasma Raja ó Yudhstira, el mayor de los Pandus que es adorado en un templo erigido en su honor entre Pent y Nassik. Más adelante hay todo un laberinto de celdas donde vivieron, probablemente, ermitaños buddhistas, una enorme estatua de Buddha en postura reclinada y otra del mismo tamaño pero rodeada de columnas adornadas con figuras de varios animales. Los estilos, las épocas y las sectas están aquí tan mezclados y enmarañados como los árboles de distintas clases en un espeso bosque.

Es muy notable que casi todas las cuevas-templos de la India se encuentren dentro de rocas y montañas cónicas. Es como si los antiguos constructores buscaran á propósito tales pirámides naturales. Observé esta peculiaridad en Karli, y sólo se encuentra en la India. ¿Es una mera coincidencia ó es una de las reglas de la arquitectura religiosa del remoto pasado? ¿Y quiénes son los imitadores: los constructores de las pirámides de Egipto ó los desconocidos arquitectos de las cuevas subterráneas de la India? Tanto en las pirámides como en las cuevas, todo parece estar calculado con exactitud geométrica. En ambos casos las entradas están siempre en la base, pero siempre también á cierta distancia del suelo. Es bien sabido que la naturaleza no imita al arte y que, como regla general, el arte trata de copiar ciertas formas de la naturaleza. Y si hasta en estas semejanzas de los símbolos de la India y de Egipto no existe otra cosa que una mera coincidencia, hay que confesar que las coincidencias son algunas veces muy extraordinarias. Egipto ha tomado muchas cosas de la India. No debemos olvidar que no se sabe nada acerca del origen de los Faraones, y que los pocos hechos que la ciencia ha conseguido descubrir, lejos de contradecir nuestra teoría, sugiere que la India es la cuna de la raza egipcia. En días de remota antigüedad Kalluka-Bhatta escribió: «Durante el reinado de Visvamitra, primer rey de la dinastía Soma-Vansha, después de cinco días de batalla, Manu-Vena, el heredero de antiguos reyes, fué abandonado por los brahmanes y emigró con su ejército, atravesando Arya y Barria, y llegando por último á las orillas de Masra...»

Arya es Iran ó Persia; Barria es un antiguo nombre de Arabia; Masr ó Masra es un nombre del Cairo, desfigurado por los musulmanes en Misro y y Musr.

Kalluka-Bhatta es un escritor antiguo. Los sanskritistas disputan todavía acerca de su época, fluctuando entre 2000 antes de nuestra Era y el reino

del Emperador Akbar (el tiempo de Juan el Terrible é Isabel de Inglaterra). Por razón de esta incertidumbre, el testimonio de Kalluka-Bhatta pudiera combatirse. En este caso, existen las palabras de un historiador moderno que ha estudiado en Egipto toda su vida, no en Berlín ni en Londres, como algunos otros historiadores, sino en Egipto, descifrando las inscripciones de los sarcófagos y papiri más antiguos, esto es, las palabras de Henry Brugsch Bey:

«...Lo repito, mi firme convicción es que los egipcios vinieron del Asia mucho antes del período histórico, después de atravesar el promontorio de Suez, ese puente de todas las naciones, encontrando una nueva patria en las orillas del Nilo.»

Una inscripción en una roca de Hammamat dice que Sankara, el último Faraón de la oncena dinastía, envió un noble á Punt: «Fuí enviado á Punt en un barco para traer alguna goma aromática, cogida por los príncipes del País Rojo.»

Comentando esta inscripción, Brugsch-Bey explica que «bajo el nombre de Punt los antiguos habitantes de Chemi significaban un país distante, rodeado de un gran océano, lleno de montañas y valles y rico en ébano y otras costosas maderas, en perfumes, piedras y metales preciosos, en fieras, girafas, leopardos y grandes monos.» El nombre del mono en Egipto era kaff ó kafi; en hebreo koff y en sanskrito kapi.

A los ojos de los antiguos egipcios este Punt era una tierra sagrada, porque Punt ó Pa-nuter era «la tierra original de los dioses, que la dejaron bajo la jefatura de A-Mon (¿Manu-Vena de Kalluka-Bhatta?) Hor y Hater y llegaron oportunamente á Chemi.

Hanuman tiene un parecido de familia decidido con los cinocéfalos egipcios, y el emblema de Asiris y de Shiva es el mismo: *¡Qui vivra verra!*

Nuestro viaje de vuelta fué muy agradable. Nos habíamos adaptado á los movimientos de Peri y nos sentíamos unos jockeys de primera fuerza. Pero durante toda una semana después apenas pudimos andar.

Una Ciudad de los Muertos

¿Qué elegiríais si tuviérais que escoger entre ser ciego ó sordo? De diez personas, nueve contestarían á esta pregunta prefiriendo positivamente la sordera á la ceguera. Y el que haya tenido la fortuna de contemplar, aunque sólo haya sido por un momento, algún rincón fantástico, propio de hadas, de la India, ese país de palacios de mármol y jardines encantadores, añadiría gustoso á la sordera la parálisis de ambas piernas, más bien que perder vistas semejantes.

Se nos refiere que Saadi, el gran poeta, se quejaba amargamente porque sus amigos parecían fatigados é indiferentes mientras que él alababa la hermosura de su amada. «Si tuviérais la dicha de contemplar como yo su maravillosa hermosura»—protestaba él—«comprenderíais entonces mis versos,

que, desgraciadamente, describen en términos tan mezquinos y poco adecuados, los sentimientos arrobadores que experimenta todo el que la ve, aunque sea de lejos.»

Simpatizo por completo con el enamorado poeta; pero no puedo condenar á sus amigos, que jamás vieron á la señora de sus pensamientos, y he aquí por qué yo tiemblo, temiendo que mis constantes rapsodias sobre la India lleguen á fastidiar á mis lectores tanto como Saadi fastidiaba á sus amigos. Pero ¿qué puede hacer, os ruego me digáis, el pobre narrador, cuando descubre diariamente nuevos y no soñados encantos en la mujer amada de que se trata? Sus aspectos más sombríos, abyectos é inmorales como son, algunas veces de tal naturaleza que excitan el horror; hasta esos aspectos están llenos de una poesía salvaje y de una originalidad que no se encuentran en ningún otro país. No es raro que un europeo novicio se estremezca de disgusto ante algunos rasgos locales de la vida diaria; pero al mismo tiempo estas mismas escenas atraen y fascinan la atención como una pesadilla horrible. Sufrimos muchas de estas experiencias mientras duró nuestra *école buissonière*. Pasamos estos días lejos de ferrocarriles y de todo otro vestigio de civilización; y esto afortunadamente, porque la civilización europea sienta á la India como un sombrero á la moda á una peruana medio desnuda, verdadera «hija del Sol» del tiempo de Cortés.

Durante todo el día vagábamos á través de ríos y selvas, pasando por aldeas y ruínas de antiguas fortalezas, por caminos vecinales entre Nassik y Jubblepore, viajando con ayuda de carros de bueyes, elefantes, caballos y muy á menudo llevados en *palks*. Al obscurecer armábamos nuestras tiendas y dormíamos en cualquier parte. Estos días nos presentó la oportunidad de ver que el hombre puede decididamente soportar condiciones de clima muy duras y hasta peligrosas, aunque quizá de un modo pasivo, por la mera fuerza de la costumbre. En medio del día, cuando nosotros, gente blanca, estábamos próximos á desmayarnos á causa del calor abrasador, á pesar de los *topis* de grueso corcho y otras defensas que podíamos procurarnos, y cuando hasta nuestros compañeros indígenas tenían que emplear un aumento de muselina alrededor de sus cabezas, el Babu bengalo viajaba á caballo millas y millas bajo los rayos verticales del sol, con la cabeza *desnuda*, protegida solamente por su espesa cabellera. El sol no tiene influencia alguna en los cráneos bengalos. Sólo se los cubren en las ocasiones solemnes, en las bodas y grandes festividades. Sus turbantes son adornos inútiles, como las flores en los cabellos de una dama europea.

(Se continuará.)

Imp. y Lit. de J. Palacios. Arenal, 27.—Madrid.